

PRIMERA PARTE

EL HUÉSPED DE LOS LUGARES ANÓMALOS



*Aparición anómala de Walter Arias.*

*La caja de las gafas.*

*El pastor moro*

Tras haberse acostado en un hotel de Ámsterdam, Walter Arias se despertó a la mañana siguiente tendido en la acera de una calle de una ciudad medio modernista y medio africana que resultó ser Melilla.

Mi nombre es Walter Arias.

Cuando abrí los ojos, una especie de cleopatra de pago me miraba con fijeza, confundíendome sin duda con un obseso sexual. «¿Echamos el rato, cariño?», me preguntó, a la vez que se oprimía los pechos con un orgullo no sé hasta qué punto paródico.

Para eso estaba yo.

Me dolía mucho una oreja y en mi antebrazo tenía la marca de una aguja d'artagnan, con su anillo saturnal de sangre coagulada. –Te meten una porquería en el cuerpo y dejas de ser tú, y apareces en Melilla. Enhorabuena, Walter.

Hay días, desde luego, en que si uno inventara un perfume le pondría de nombre Náusea.

Y es que a veces el Destino se parece a un agente turístico que se la tuviera jurada al mundo y que, valiéndose de la red informática, se dedicara a enviar a Beirut a los ancianos que soñaban con los laberintos adriáticos de Venecia –muchos de ellos cargados de pastillas para no marearse en las góndolas– o a desviar al Caribe a los boy scouts que, en compañía de sus pederastas, anhelaban visitar el Vaticano para oír al papa decir

misa –a un kilómetro aproximado de distancia teosófica– en su esperanto entre disléxico, beatífico y babélico.

«Melilla, ciudad de congresos y turismo», según rezaba un cartel. (Felicidades, Melilla.)

Pero dirijamos ya nuestra astronave luminosa al terreno de los debates filosóficos... Bien: poco más o menos, las cosas que nos ocurren se dividen en inverosímiles, imposibles e improbables. Cuando algo es a la vez inverosímil, imposible e improbable, decimos entonces que se trata de una cosa normal, sujeta a los cánones de funcionamiento de esa tómbola tarumba que es el mundo –con sus premios estelares: cadáveres, incógnitas, desapariciones... Pues, aunque parezca raro, yo llevaba puesto –sería un poco largo de explicar– un camisón de mujer, circunstancia que, después de todo, no me hacía especialmente estrafalario en aquel sitio en que mucha gente vestía chilaba, aunque debo confesar que no resulta cómodo andar con ese aspecto por la calle por más que la calle esté llena de moros.

A causa sin duda de las brumas pegajosas del despertar, pensé durante medio segundo que me encontraba en Barcelona, ciudad en la que a los arquitectos neogóticos les dio la ventolera de proyectar macabras construcciones que parecen la tarta de cumpleaños del conde Drácula. «¿Barcelona?» Pero medio segundo después caí en la cuenta de que no era corriente el hecho de que por Barcelona anduviesen tantos moros, a no ser que se tratara de una trifulca islámica como aquella en que me vi envuelto hace unos años en la medina de Fez y en la que a punto estuve de perder la visión de un ojo, según me gustaría contar en otro momento.

Melilla. En fin, son cosas que ocurren, y contra ellas no cabe rebelión ni sorpresa: si uno se acuesta en un hotel de Ámsterdam y se despierta en un sitio medio catalán y medio africano, más vale no hacerse demasiadas preguntas. Tampoco se las hagan ustedes.

¿Un misterio? Bueno, sí, todo en la vida es misterioso. 1) ¿Por qué es más fácil sacar el hilo de una aguja que enhebrarlo en el ojo de una aguja? 2) ¿Por qué la soledad puede procurarnos felicidad y por qué el amor correspondido puede provocarnos dolor –especialmente de cabeza? 3) ¿Por qué en el cine se te sienta siempre delante el coloso adolescente de la peluca afroyeyé? 4) ¿Por qué inventó el hombre el mito del unicornio?

Nada tiene sentido, camaradas. Todo es un misterio que gira aburridamente sobre su propio eje como una peonza metafísica. Cualquiera estupidez, como quien dice, es misteriosa: ¿por qué ciertas semanas parecen eternidades y ciertos años relámpagos? ¿Por qué la ciencia moderna la tiene tomada con la placa dental? ¿Por qué todos los psicópatas de las películas se saben el Antiguo Testamento de memoria? ¿Por qué la bigamia se considera un delito y no una enfermedad mental digna de compasión psicoanalítica? ¿Por qué los tuertos no lloran el doble de tiempo?

El mundo, ya digo, es un misterio giratorio, y a mí me ha tocado en suerte el ser un ente errante, uno de esos tipos que pueden acostarse en un sitio y despertarse en otro. En otro continente incluso, porque todo depende del azar, ese cubilete de dados que agita un simio tocado de los nervios.

En fin, como reza el proverbio que me enseñó un hechicero hindú: «Trágate la piedra que te hierde». (El fatalismo exótico, las agencias de viajes, el embrujo –¿verdad?– de lo nunca visto... aunque luego lo más raro que los turistas alcanzan a ver es a un talabartero típicamente manco o típicamente bizco que vende sandalias y abalorios hechos en Taiwán o bien algún reptil un poco mayor que los que andan –como emblemas testimoniales del terror jurásico– por la terraza de sus chalets adosados, compactos de pánicos domésticos: la respiración agónica del frigorífico, las tijeras oxidadas, el avance de la ceguera de ese recién nacido que siente ante sí la gravitación de un mundo hecho de algodones neblinosos...)

«Trágate la piedra...». De acuerdo. Así que me tragué la piedra Melilla a la manera de un fakir del estoicismo.

Tras desistir de hacerme en un bazar con algunos útiles de aseo por culpa del complejo de vigía del dependiente, que no me quitaba la vista de encima, callejeé durante un rato, soñoliento, errabundo, descalzo y sin dinero, hasta que llegué a un descampado en el que me encontré la cosa más inimaginable que uno se pueda encontrar: una caja llena de gafas graduadas.

Y es que el mundo parece una almoneda.

«No desprecies la fortuna fortuita», solía decir mi abuelo Nicolás –aunque para él la mayor fortuna posible consistiera en tener a tiro a un elefante–, así que me eché la caja debajo del brazo y me dediqué a inspeccionar el terreno, sintiéndome un ladrón de dioptrías y astigmatismos impersonales y abstractos.

De pronto, una detonación de índole subfilosófica se produjo en mi mente: «¡Gafas!», y en esos signos de admiración se contenía todo mi estupor existencial: un adulto vestido con un camisón de señora, en Melilla, con una caja de gafas graduadas bajo el brazo...

Cansado de andar, con los pies heridos por la áspera vegetación norteafricana, me tumbé debajo de un árbol y pasé el rato distraído en probarme las gafas, que sumaban más de treinta. Con unas todo se me volvía nebuloso y distante. Con otras me sentía como un borracho profesional. Pensé en lo frágil que es el mundo: un par de cristales lo deforma.

En este pasatiempo estaba, cuando vi llegar a un nativo que tenía un aparato de radio pegado a la oreja y que azuzaba con un cayado a un par de cabras.

El moro pastor hizo, en suma, lo previsible: se fijó en mí y me pidió por señas un cigarrillo, llevándose los dedos a la boca y haciendo como si expulsara humo entre los dos o tres dientes más bien bailarines e insulares que en ella le quedaban. Vale,

no hay cosa que más me irrite que la falta de sentido común: ¿cómo iba a tener yo cigarrillos si iba en camisón? Pero el pueblo moro no repara en detalles a la hora de sacar provecho de los turistas, categoría en la que sin duda debió de incluirme a causa de mis cuatro pelos rubiascos.

Las cabras, por su parte, pastaban por el África de los españoles con la codicia trituradora de una máquina cortacésped.

El moro se me acercaba con precaución, siguiendo un precepto racial de desconfianza hacia los extranjeros. Y, llegados a este punto, debo confesar que mi abuelo paterno me metió en el subconsciente infantil –como una inyección freudiana– su aversión al pueblo moro, por más que mi abuelo no viera en su vida a más de media docena de tales moros, justo cuando hizo escala en Casablanca, yendo él camino del Camerún. Y si bien es cierto que uno puede superar de mayor los prejuicios culturales que le inculcan de niño, también lo es que de la semilla venenosa de un prejuicio siempre acaba brotando un postprejuicio. De manera que el moro se me acercaba con un insano repertorio de prejuicios alimentados con ponzoña antropológica en lo más hondo de su alma coránica y yo veía acercarse al moro con toda mi herencia subconsciente de postprejuicios sobre los moros.

Bien. Cuando en el mundo se enfrentan dos prejuicios, mala cosa: algo tan armónico como la escena de un mono que toca el violín con un serrucho ante un auditorio de antílopes aterrados. Yo estaba, además, de mal humor. Y el mal humor es una química macarra que nos convierte en un monstruo con el corazón en carne viva.

Y es que todo en el mundo es destrucción.

En la televisión, por ejemplo, anuncian desde hace varias semanas un ambientador que *destruye* los malos olores. La explicación científica es la que sigue: las partículas químicas del nuevo ambientador no *conviven* con el olor a sueño, a fritanga o

a calcetín deportivo, ya que esa mezcla sería *nauseabunda*. No: el nuevo ambientador *destruye* los olores enemigos. Sin piedad.

Todo es destrucción y odio. Incluso el ambientador olor pino salvaje odia los malos olores. Los destruye.

Por triste que resulte decirlo, la vida consiste en defender tu territorio. En destruir las otras partículas. Además, yo huelo el peligro. Y el peligro huele a pescado que comienza a pudrirse. A veces, bien es verdad que ese olfato instintivo me engaña (¿qué instinto que se precie no es un timador?), pero hay que confiar en la estadística: yo *suelo* oler el peligro. Lo huelo igual que un rastreador apache: desde lejos. El pescado entra en mi epífnis y en mi hipófnis. Produciendo neurosis. Dejándome con una mentalidad parecida a la del ambientador olor pino salvaje –ansioso por destruir, por desencadenar una pequeña guerra química.

Aquel moro, en fin, sostenía tensamente su radio y su cayado. Y yo olía el peligro. Y sentía penetrar un tornillo freudiano en mi cabeza. Así que, cuando tuve al moro a una distancia adecuada, ¿me incorporé de un salto, lo cogí por el cuello y se lo apreté con toda mis fuerzas? Posiblemente, ya que acabé tirando al moro al suelo y le quité el cayado y las babuchas, unas babuchas color bilis y puntiagudas. Al aparato de radio, al caerse, se le salieron las pilas, sus entrañas de mercurio y ese tipo de cosas. Cuando al fin lo solté, el moro se echó las manos al cuello como si quisiera comprobar que lo tenía en su sitio, tosió, me miró con el terror de una gallina decapitada, cogió con desesperación la radio (su lámpara maravillosa) y echó a correr, abandonando las cabras a su suerte.

Bueno.

Los tipos que te intentan joder seriamente la vida constituyen un 10% de la población mundial, punto más o punto menos. Ese porcentaje engloba al dictador sanguinario que ya de niño electrocutaba ranas y ratones, al yonqui que te asalta en



el Callejón de las Incertidumbres sosteniendo con hechuras de aprendiz de esgrima una jeringuilla infectada de virus sujetos a mutaciones, al vecino que necesita relajarse espiritualmente a las tres de la madrugada oyendo a toda mecha a algún divo de la música country, al niño que te señala con dedo acusatorio cuando fumas, furtivo, en un vagón de no fumadores y que de mayor se hará confidente de la pasma a cambio de un café o de un poco de heroína. Ese 10% engloba a la antigua novia que te llama por teléfono para informarte de que con su nuevo hombre de neandertal *ha descubierto* el verdadero amor: el lado loco y caníbal del sexo que tú no supiste revelar. Ese porcentaje acoge al camarero que te mira con desprecio de ruso blanco cuando se te cae la copa en el restaurante de las langostas mitológicas y de los vinos visigóticos... En un 10% cabe, en fin, mucha gente.

Aquel moro entraba en mi 10% de jodedores de vidas ajenas y yo entraba en su 10%. Casualidades. Fatalidades. –Las bolas de billar que recorren el tapete, chocando entre sí por error, por azar o por cálculo, pero chocando.

Y es que la Naturaleza necesita suministrar de manera armoniosa el miedo, ya que sin miedo todos seríamos dioses: los escurridizos lagartos, las líricas ovejas, los megalómanos humanos. Todos dioses. Y la Naturaleza no soporta a los dioses, arrogantes en sus pequeños olimpos de eternidad y suficiencia. No. La Naturaleza, la armoniosa, se ve obligada a repartir equitativamente las dosis de miedo entre los seres vivos para acentuar nuestra insignificante fragilidad.

Por ejemplo, ¿cuál es la función que cumplen en el universo los perros? ¿Pasearse por ahí amarrados por el cuello, ganar concursos, convertir las aceras en un campo de minas escatológicas? No, más sencillo aún: hacer que los gatos dispongan de una buena ración de pánico latente: la amenaza eterna de unas fauces salivosas que podrían triturarles el espinazo. ¿Cuál es la

función que tienen los gatos en el universo? Igualmente sencillo: modelar el carácter huidizo de los ratones. ¿Cuál es, por su parte, la misión que cumplen los ratones en el universo? Muy simple también: los ratones resultan fundamentales para colaborar en el proceso de destrucción de nuestro mundo, *a)* royendo papiros egipcios, cartas de amor entonadas como odas o como elegías, según el estado de ánimo; ropas de difuntos; *b)* construyendo sus guaridas subterráneas, *c)* satisfaciendo su avidez roedora en las hemerotecas, en los almacenes industriales, en el pequeño piso de la viuda que colecciona encajes de Holanda o mantones de Manila... (*d, e, f, g...*)

Todos cumplimos una misión concreta en el caos melódico del universo. Sin duda.

Lo malo es que a casi nadie le gusta la misión que le corresponde y por eso los perros se empeñan en entender las palabras de sus amos, en hacer acrobacias en los circos, en estrechar la mano a las visitas o en convertirse en policías expertos en narcotráfico. Por eso los gatos acaban reclamando, con maullidos de revuelta sindical, las latas de carne de buey de Irlanda con salmón de Noruega, negándose a probar no ya las espigas de pescado, sino incluso los piensos de vegetales y pollo. Por eso los ratones vulgares envidian a los ratones blancos, esos renegados que se dejan estrujar por los niños y que se pasan la vida cautivos en un laberinto de túneles y columpios especialmente diseñados para su diversión, devorando los cacahuets hiperproteínicos que les echan por una ranura de plástico ecológico. Por eso, en fin, nosotros, los humanos, tan filosóficamente degenerativos, vamos envenenándonos de pasado, de frustración y de ilusiones que cuelgan de un clavo ardiente, cocinando un pastel tóxico cuyas porciones ofrecemos a los demás en cuanto se nos acercan: esa mirada de odio inquebrantable que dedicamos al mendigo que nos roza la mano, la respuesta dañina y lacerante que damos a quien nos ama, ese desasosiego que

nos invade el corazón como una planta trepadora y carnívora cuando vemos al tipo que lleva del brazo a la actriz que suele rondar por la cámara escarlata de nuestras fantasías eróticas... Todos aspiramos a más, y ser más es ser otros, y ser otros es como no ser nada: rencorosos apóstatas de nuestro destino. Con el miedo en los huesos.

Allá en la lejanía melillense, por los cerros dorados, el pastor moro huía como una pincelada impresionista.

Nuestras reacciones no siempre resultan ejemplares, pero, después de todo, el día no comenzaba mal: en un par de horas me había hecho con una caja llena de gafas graduadas, con unas babuchas amarillas, con un cayado de pastor y con dos cabras empeñadas en desertizar el mundo.

En peores me he visto, y de eso me dispongo a hablar con el desorden que vaya imponiéndome la memoria, esa gran dama que es capaz de olvidar hasta su nombre. De modo que, una vez descornado el telón de este pequeño teatro tenebroso, les ruego que se acomoden en sus butacas y que tengan la paciencia de oír durante una insignificante eternidad a este humilde arlequín que ocupa el escenario y que sostiene en su mano una calavera –que puede ser la de cualquiera de ustedes.

Pasen y vean.

*Señoras y señores.*

Este sueño de algodón manchado.

*Niños y niñas.*

Este pequeño circo de animales deformes.

Pasen a este sueño con dragones y con hadas que orinan esmeraldas y topacios (¿?).

Pasen y vean.

En medio de la pista, Walter Arias chasquea su látigo –porque alguna que otra vez tendrán que aparecer las fieras.